

VOL  
**1**  
NÚMERO 1

Suplemento Especial de la Editorial Physiological Mini Reviews sobre Educación



# **LA EDUCACIÓN MÉDICA EN LA SOCIEDAD ACTUAL**

**Dr. Guillermo Jaim Etcheverry**

FACULTAD DE MEDICINA, UBA Y CONICET

Contacto: E-mail: [jaimet@retina.ar](mailto:jaimet@retina.ar)

## LA EDUCACIÓN MÉDICA EN LA SOCIEDAD ACTUAL

El contacto estrecho con la formación de muchas generaciones de jóvenes estudiantes de medicina, me ha llevado a sostener que el problema que esa tarea plantea, refleja la situación del conjunto del sistema educativo. Las tendencias que en él se observan ejercen una influencia decisiva sobre lo que sucede en nuestras universidades y, más específicamente, en nuestras facultades de medicina.

De allí que los comentarios que siguen, en lugar de desarrollar aspectos instrumentales, se refieren a ese contexto más amplio. Esto supone plantear ciertas ideas polémicas con el objetivo de estimular una reflexión imprescindible sobre algunas de estas cuestiones en el convencimiento de que la posición correcta seguramente se encuentra en un punto intermedio entre las tendencias que hoy gozan de popularidad y la visión que me propongo exponer. Estas líneas – que reiteran conceptos que he expresado durante los últimos años en numerosos encuentros y publicaciones – intentan contribuir a la búsqueda de ese equilibrio advirtiendo el peligro al que nos puede conducir la adhesión automática, sin resistencia, a muchas de las prácticas educativas que prevalecen en la sociedad contemporánea. He elegido comentar sólo un par de las numerosas tendencias que influyen en el desarrollo de la educación, incluida la formación de los médicos, el cambio permanente y la moda evaluativa.

### **El cambio permanente**

Entre los signos que caracterizan a la sociedad actual es posible identificar la fascinación por la velocidad, el prestigio de lo nuevo, la obsesión por la mutación permanente. A esas tendencias no escapa la educación y, por esa razón, las estructuras formativas, en todos sus niveles, están sometidas a constantes cambios.

El discurso de los reformadores de la educación, hace pensar que todo lo hecho hasta ahora arrojó resultados desastrosos. Como consecuencia de la descalificada “pedagogía tradicional”, parecerían haberse formado individuos torpes, memorizadores de datos inútiles, simples repetidores, desmotivados por continuar aprendiendo durante el resto de sus vidas, dotados de un pensamiento primario, incapacitados para trabajar con otros y para encarar toda discusión.

En resumen, unos pobres y despreciables ignorantes, carentes de juicio crítico y con una débil personalidad. Como el resultado de esos métodos perversos somos nosotros mismos, es a nosotros a quienes describimos al estigmatizar a los que hoy denominamos despectivamente “métodos tradicionales de aprendizaje”. Los caracterizamos recurriendo al peor de los calificativos que se puede aplicar en la sociedad actual: nada hay más degradante que afirmar que algo es “tradicional”.

La pedagogía dominante refleja las aspiraciones de una cultura que siente un verdadero horror ante el esfuerzo, que concibe a los estudiantes como víctimas indefensas explotadas por un sistema despiadado, que coincide en que el conocimiento de lo concreto casi no importa porque los datos están disponibles en las redes de información, aún cuando antes estaban en los libros y a nadie se le ocurría afirmar que debían ser ignorados. La pedagogía actual nos promete un estudiante activo, motivado, interesado por aprender durante toda la vida, dotado de pensamiento adulto y capacitado para trabajar en equipo. Personas muy diferentes de estas despreciables, que somos nosotros mismos.

Estamos desvelados por la relevancia y por eso la educación se centra en lo “útil”, como si resultara posible anticipar qué y cuándo algún conocimiento nos será útil. Promueve, además, un “estudiante entretenido” y activo, diferente del que hoy se “aburre” ante la propuesta de estudiar algo en profundidad y con seriedad. Estimulamos la discusión, aunque la sustancia del debate no refleje más que la ignorancia acerca de los aspectos más elementales de lo que se discute.

Estas son algunas de las ideas que subyacen en no pocos intentos de renovar la enseñanza promovidos también en nuestras escuelas de medicina. Para peor, en muchos casos, desestimamos una realidad que nos indica, implacable, que no contamos ni con los alumnos ni con los docentes capacitados para desarrollar programas cuyos beneficios, además, están aún lejos de ser demostrados.

Quienes pertenecemos a generaciones anteriores recordamos el esfuerzo que nos demandó educarnos y, estimulados por una sociedad que mira con espanto toda apelación a ese esfuerzo, intentamos enseñar de manera más sencilla, más rápida, más “relevante”. Muchas veces olvidamos que los estudiantes tienen derecho a acceder a la complejidad, a enfrentar el desafío de lo difícil, a ejercitarse en la

abstracción. De allí que sería muy saludable que lográramos someter a la crítica las teorías que sustentan los experimentos que llevamos a cabo con nuestros indefensos alumnos. No deberíamos dejar de advertir un rasgo evidente en todos los niveles de la educación: los maestros están negando su función de enseñar que hoy parece haberse convertido en vergonzante.

Nos encontramos ante el milagro del desarrollo de la creatividad pura, en un vacío de conocimientos. ¿Serán tan creativos los adolescentes que, en número creciente egresan de nuestras escuelas, sin poder pronunciar frases dotadas de sentido, sin comprender lo que leen – según el estudio PISA realizado en 2012 el 54 % de los jóvenes argentinos de 15 años que están cursando la educación media no comprenden cabalmente lo que leen – o desprovistos de la capacidad de realizar simples abstracciones, todo ello como resultado del hecho de que a nadie le interesó enseñarles algo?

El horror contemporáneo a asumir esa responsabilidad de enseñar se debe, en parte, al hecho de que esa actitud implica una asimetría en la relación docente-alumno que hoy resulta políticamente incorrecta.

No es extraño, pues, que ante estas posiciones estén surgiendo en todo el mundo movimientos que humildemente se proponen, “volver a enseñar”, convencidos de que “aprender a aprender”, la frase de moda, se aprende aprendiendo algo.

Quiero proponer la tesis de que nos resistimos a admitir que la enseñanza es, ante todo, ejemplo.

Ejemplo del maestro atraído por el conocimiento. Esforzado ejemplo a imitar con esfuerzo. Como lo afirmara Albert Einstein, “Dar ejemplo no es la principal manera de influir sobre los demás; es la única.” Estoy convencido de que el principal determinante de una buena escuela, de una buena universidad sigue siendo, como siempre lo ha sido, contar con buenos profesores. Eso es lo único que trasciende el curriculum, la organización, el método, las computadoras, todo. Porque el objetivo central de una institución educativa que pretenda ser importante es que sus alumnos entren en contacto directo con personas excepcionales. Que las vean, las escuchen, las sientan pensar.

Como lo señala George Steiner, una vez que esos jóvenes han sido poseídos por el virus de lo absoluto, una vez que han visto, oído, hasta olido la fiebre y el fervor de aquellos que buscan desinteresadamente la verdad y, en nuestro caso ayudar con conocimiento y compasión al otro que sufre – que es lo que siempre hemos intentado hacer – persistirá en ellos algo de esos resplandores singulares. Por el resto de sus vidas o de sus carreras, en la mayor parte de los casos rutinarias y poco distinguidas, esas personas llevarán dentro de sí alguna defensa contra el vacío interior.

Muchas estrategias de modernización nos pueden conducir al descenso en la calidad de la enseñanza, al acentuar su superficialidad y banalidad. Peor aún, la tecnocracia educativa lleva al desprestigio de la figura del docente, que es quien representa el valor social del conocimiento, mostrando así a las nuevas generaciones que lo que el docente hace interesa poco.

Un profesor de medicina de la Universidad de McMaster en Canadá, comentaba no hace mucho:

“Pienso que, particularmente desde los años 80, la palabra maestro se usa cada vez menos debido a lo que creo es un concepto equivocado de promoción de la persona como entidad individual y no dependiente de modelos”. Citaba luego a uno de sus alumnos que señalaba: “En las universidades hay muchos profesores, pero pocos maestros”. Es tristemente cierto. Lo que esos maestros enseñan, a quienes enseñan y el dónde y el cómo enseñan, continuarán cambiando. Pero lo que no debería cambiar es lo que significa para la sociedad la esencia de esa enseñanza: el ejemplo del maestro.

En el contexto actual de la práctica de la medicina, guiada crecientemente por consideraciones económicas, resulta más importante que nunca educar además de entrenar, al futuro médico, para que al menos conserve el núcleo de convicciones que definen a nuestra profesión, hoy tan gravemente amenazada. Convicciones que nos han llegado prácticamente intactas desde la época de Hipócrates, como se advierte en el Juramento Hipocrático, uno de los más bellos documentos que ha producido la ética humana. El lazo que nos une con ese pasado continúa inmutable, porque hoy los médicos seguimos haciendo lo mismo. Aunque utilicemos técnicas muy distintas a las que empleábamos entonces, no debemos perder de vista la esencia de nuestra tarea. Una misión humana por excelencia, transmitida por humanos que saben y que saben hacer, una misión intraducible a los criterios de eficiencia que se emplean en las empresas.

### **La “moda evaluativa”**

Precisamente, una de las características que mejor define la situación de la universidad actual es su

acelerada incorporación a la lógica empresarial y comercial que hoy domina todas las esferas del quehacer humano. Se está instalando con fuerza avasalladora la concepción que sostiene que, para justificar su existencia, resulta imprescindible que la universidad – y la educación en general – exhiba resultados mensurables y comercializables. Cuánto entra, cuánto sale, a qué costo, qué más se puede vender. De allí que se apliquen a la universidad y a sus “productos”, los mismos criterios con los que se juzga la productividad y la eficiencia de las empresas que comercializan bienes, en este caso la educación, transformada en uno más entre los bienes transables. No sólo se industrializa la salud, también lo hace aceleradamente la formación de quienes nos ocupamos de ella.

Esto lleva a emprender evaluaciones de todo tipo para justificar la existencia de la universidad ante sus “clientes”. Para demostrar la eficacia institucional se establecen complejas relaciones entre la inversión y los supuestos “productos”. Esta lógica empresarial ha conquistado de manera acelerada un territorio que, hasta no hace mucho, respondía a valores culturales y académicos y no a los puramente materiales y comerciales. Parecería no advertirse que resulta imposible aplicar la lógica de las empresas a un “producto” tan difícil de definir como “un estudiante educado” o un conocimiento significativo. No es tarea sencilla distinguir entre la educación y su certificación, entre pensar y procesar la información, entre producir conocimiento y simplemente consumirlo.

La calidad de una escuela de medicina no es equivalente a la de una empresa. Se trata, sobre todo, de un emprendimiento cultural y deberíamos resistirnos a que se nos quiera convencer de que está guiado por las mismas reglas de las empresas o los comercios. El público, tan afecto a los rankings, rápidamente adhiere a mediciones de este tipo. El peligro es que también lo está haciendo complaciente la propia comunidad académica sin siquiera someterlas a la crítica.

### **Amenazas a nuestra misión**

Son tan numerosas las graves amenazas que se ciernen sobre nuestras universidades y escuelas de medicina que no resulta posible ni siquiera enumerarlas por la escasez de espacio. La universidad se está convirtiendo en un servicio más en la era de los servicios y se aleja velozmente de aquella ideal comunidad de estudiosos reunidos en busca de la verdad. Una más entre las empresas, la universidad actual persigue como principal objetivo la satisfacción de sus “clientes”, alumnos y potenciales proveedores de fondos.

Muchas de estas amenazas a nuestra misión, como universitarios y, sobre todo, como médicos, ingresan vestidas con el atractivo ropaje de la apelación a la “modernidad” y al cambio. Lógicamente hay mucho por hacer en nuestras facultades, pero es preciso que, como individuos pensantes y críticos – aún a pesar de nuestra “inútil” formación tradicional – consideremos al menos las implicancias que para la universidad del futuro tendrá el sentido hacia dónde hoy orientemos esas transformaciones.

Es imprescindible comprometerse a emprender un esfuerzo destinado a convencer a la sociedad de que la educación encierra valores propios y que no es sólo la clave de valores económicos. Deberíamos empeñarnos en fomentar en el seno de nuestras propias sociedades el desarrollo de un clima cultural, hoy inexistente, que nos permita contar con una universidad que merezca el nombre de tal. Si conseguimos volver a la idea de que la educación pertenece a la esfera del ser y no a la del tener, que la formación de ese se aloja en la conciencia de quienes asumen la responsabilidad de ser maestros y no en los circuitos de las máquinas, podremos intentar revertir la tendencia actual que busca convertir a la educación superior en un sector más del floreciente mercado de bienes y servicios.

Los médicos tenemos, además, la responsabilidad de entrar a los nuevos tiempos con los ojos bien abiertos a lo que nos rodea, a una realidad distorsionada por el entretenimiento y la banalización permanentes, al escándalo de la injusticia y del hambre. Por nuestra formación y por el contacto permanente que mantenemos con el otro que se acerca a nosotros sufriendo y que nos confía lo único valioso que tiene, su vida. Los médicos tenemos la obligación de intentar ser, al menos, responsables y misericordiosos abogados defensores de esas vidas.

Debemos, además, realizar el esfuerzo de seguir brindando a nuestros jóvenes aquello que tuvimos la singular fortuna de recibir. El ejemplo de que la medicina es, ante todo, preocuparse por el otro que sufre con herramientas cada día más sofisticadas, más complejas pero que, en el fondo, sirven a ese sentimiento básico, primario, de compasión por quien sufre que es también una de las características esenciales que nos hacen humanos.